

la Ilustracion de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA POR
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA

Nació en la ciudad de Granada, aunque el año se ignora; pero á lo que se puede conjeturar debió ser á principios del siglo XVI. Sus padres fueron don Inigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar, y Doña Francisca Pacheco, hija de D. Juan Pacheco, marqués de Villena. Crióse don Diego con la ilustración que correspondía al esplendor de su casa; y siendo el quinto de ella, le dedicaron desde muy tierno á los estudios, con intencion de que si-



D. Diego Hurtado de Mendoza.

guiese el estado eclesiástico, á cuyo fin pasó á estudiar la filosofía, teología y el derecho á la Universidad de Salamanca, y aprendió con sumo trabajo y gran suceso los idiomas latino, griego, hebreo y arábigo. Después de algunos años fué nombrado embajador de la República de Venecia por el Emperador Carlos V, y en el de 1545 lo fué al Concilio de Trento, é hizo una elegante y doctísima oración á los padres reunidos en él. Luego fué promovido á la embajada de Roma, desempeñando en Italia importantes comisiones y prestando á su

patria grandes servicios, hasta el año de 1552, que fué llamado á la corte, desde donde se retiró para siempre á Granada, su patria, y en ella se mantuvo muchos años dedicado por completo á la quietud filosófica y á la comunicacion de las musas. No obstante, hizo un viaje á la corte de Valladolid, en donde fué admirado de todos como un oráculo por su carácter, su erudicion y su ingénio; pero á pocos meses de estar en ella le acometió la última enfermedad, que, despues de largos y prolijos accidentes, le privó de la vida el año de 1575, y por consecuencia muy avanzado en su edad. Don Diego Hurtado de Mendoza, á quien comunemente se suele llamar Diego de Mendoza, ó el embajador, para distinguirle por el clásico entre los muchos poetas Mendozas que tenemos, fué de grande estatura, robustos miembros, el color moreno oscurísimo, muy enjuto de carnes, los ojos vivos y de gran fealdad de rostro. Fué asimismo dotado de grandes fuerzas personales y de no menor valor y firmeza en las fuerzas del ánimo, como notado tambien de áspera condicion y riguroso génio, que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios de Estado.

Pero lo cierto es que en la diversidad é importancia de los ministerios que obtuvo, fué tenido por uno de los varones más famosos que produjo aquel siglo, fecundo en hombres grandes, y su persona mereció ser la de mayor concepto y satisfaccion del Emperador, y de aquel tiempo, para los grandes negocios de Italia, adquiriendo en la multitud, gravedad y diversidad de ellos el gran crédito que tenia en su nacion y en las estrañas.

Con su gran sagacidad é inteligencia llegó á reunir una de las más copiosas y selectas librerías, particularmente de manuscritos y escelentes originales, la cual dejó legada en su testamento al Rey Felipe II, y fué una de las preciosidades con que aquel Monarca enriqueció la famosa Biblioteca del Escorial. Esta misma inteligencia y aficion á las letras le hizo igualmente ser tan amante de sus profesores, que en su tiempo le contaban como el protector y Mecenas de los estudiosos; y el tiempo que se lo permitieron sus grandes cuidados, le empleaba en visitar las Academias de Roma, Pádua,

Bolonia y otras célebres de Italia, confiriendo y tratando en ellas de filosofia, matemáticas y toda suerte de erudicion, con que se hizo más plausible y famoso en aquellas ciudades. Su ingénio fué de los más célebres de su tiempo y de la nacion, tanto por la ventaja con que se unieron en nuestro Mendoza el talento y la instruccion, como por haber sido uno de los principales autores de la reforma de la poesia castellana, é introducido en ella el buen gusto, con sus contemporáneos Boscan y Garcilaso.

Las obras que conocemos de D. Diego Hurtado de Mendoza son las poesías que se pudieron recoger, y publicaron por Frey Juan Diaz Hidalgo en Madrid, el año 1610, con este título: *Obras del insigne caballero D. Diego de Mendoza*, lo cual salió no poco viciada la edicion. Tambien fué autor del libro intitulado: *Vida del Lazarillo de Tormes*. Pero la más plausible de todas sus obras, y que le hizo memorable, siendo el principal fruto de su dilatada mansion y retiro en su patria, es la *Historia de la guerra de los moriscos en Granada*, impresa y publicada en Madrid el año de 1610, y en Lisboa el año de 1617, por la diligencia y trabajo del cronista Luis Tribaldos de Toledo; obra en que supo competir con Salustio y Tácito en la escelencia del estilo, y con el mismo César en la elegancia, pureza y puntualidad, por haber ocurrido la guerra en su tiempo, y aun sido testigo de vista de muchos de los sucesos que refiere.

Igualmente se le reconoce por autor de otras varias obras, no ménos graves y doctas, que no han visto la pública luz, tales son: *Paraphrasis in totum Aristotem*; la *Mechanica de Aristoteles*, traducida del griego al castellano, y dedicada al duque de Alba; *Comentarios políticos*; la *Conquista de la ciudad de Túnez*; la *Batalla naval*, escrita al fin de la guerra de Granada, como asimismo varias obras sueltas.

HISTORIA SAGRADA.

JOSÉ, HIJO DE JACOB.

V y último.

José, luego que fué elevado al alto puesto que ocupaba, contrajo matrimonio con Asmet, hija del sacerdote del célebre templo de Helio-

los, cuyo enlace se verificó por consejo y mediación de Faraon. Entre los hijos llamados Manasés y Efraim, que adoptados más tarde por Jacob como hijos suyos, dieron nombre á los distinguidas tribus del reino de Israel.

Hecha esta digresion, sigamos nuestra historia. No podía Jacob dar crédito á la fausta nueva que sus hijos le comunicaban; mas lo acreditó en el anterior viaje y los regalos que le traían de parte de su amado José, le demostraban ser cierto aquello que se le presentaba como un sueño. Lleno de gozo, y cual si saliera de un profundo letargo, exclamó:

Me basta si mi hijo José vive: ve, le veré, y moriré contento, pues ya no me queda más que desear en el mundo. Prepara mi viaje, y se puso en marcha con toda su familia, compuesta de setenta personas. José fue avisado de la llegada de su querido padre, y al momento salió en su carroza y con sus servidumbre á esperarle una buena parte de camino, y al divisar el carruaje que le conducía, apeóse para recibirle. ¡Qué abrazos más estrechos y qué acto tan tierno aquel en que padre e hijo se volvían á ver después de tan larga y cruel separación!

Jacob fue presentado por su hijo á Faraon, quien le recibió con la mayor cordialidad, y con la estimación debida al padre de su más apreciable ministro, mandando celebrar su llegada con festejos públicos. Ahora si que has llegado, venerable anciano, al colmo de tu felicidad en la tierra! Has visto ya á tu amado José, cuando le creías desahogado por las fieras, le has tenido en tus brazos, y le contemplas en el más ensombreado destino; pero tan modesto, tan simpático y tan virtuoso, como en su niñez.

José habia dicho á Faraon que su padre y hermanos eran pastores, ocupacion á la que jamás se dedicaban los egipcios, y el rey les concedió para su morada el pais de Gessen, el más ameno de Egipto, y más á propósito para

los ganados. En él, pues, se estableció Jacob con toda su familia, y en el vivió hasta su muerte acaecida á la edad de 147 años, á los 17 de su llegada á Egipto.

Muerto Jacob, tenían sus hijos que José se vengase de ellos, imaginando que no lo habia hecho antes por respeto á su padre; mas sabido por José, los reconoció amorosamente por la poca confianza que tenían en el amor fraternal que les profesaba; y para que mejor pudiesen asegurarse de él les hizo nuevas y señaladas mercedes.



JACOB PRESENTADO Á FARAON, POR JOSÉ.

Murió José á la edad de 110 años, y á los 80 del cargo de ministro, ordenando que su cadáver fuese trasladado con el de Jacob á Canaan para ser enterrado en el sepulcro de sus mayores.

Este humilde trabajo ha terminado, amados niños. Meditad bien sobre la interesante historia que os he presentado, pues seguramente podreis sacar gran provecho de ella, si procurais al propio tiempo imitar las virtudes que tanto distinguieron al memorable hijo de Jacob, completa figura de Jesucristo, nuestro Redentor.

ANTONIO SAN VICENTE FERRER

EL NIÑO Y LOS CORDEROS

Manolito, niño de corta edad, tuvo la enfermedad, tan general en la niñez, de la *tos ferina*, y sus padres, que no omitían sacrificio alguno para el bien de sus hijos, se trasladaron inmediatamente á un pueblo, á fin de que cambiando de aires pudiera el niño restablecerse.

Todas las tardes salía la familia á dar un paseo por el campo, que sentaba perfectamente al pequeñuelo, que en poco tiempo se vió restablecido; y en uno de aquellos paseos vieron un rebaño, y sus dos hermanitas, Rosa y Adela, le llevaron á Manolito de la mano hasta donde estaban las ovejas.

Al acercarse á una de ellas, que tenía dos tiernos corderillos, se asustó Manolo, y



El niño y los corderos.

agarrándose al delantal de Rosa temblaba de miedo.

—No temas, le decía esta; estos animalitos no hacen daño. Acércate con nosotras verás qué mansitos son...!

A duras penas lograron convencerle, y por último se llegó á los corderos y quiso tocarlos, cuando de pronto un corpulento mastín vino corriendo, y poniéndose delante, comenzó á gruñir y á enseñar los dientes.

Más que á escape salieron los tres hermanos corriendo, y no pararon hasta llegar

donde estaban sus padres, que á la sazón se hallaban conversando con un campesino que traía al hombro un lobo muerto.

—¿Qué os pasa que venís tan asustadas? les preguntó su mamá.

—Que nos hemos acercado á unos corderitos, y ha venido un perro muy grande que nos ha querido morder.

—Porque les habreis tocado, y el perro de ganado cumple perfectamente su misión de defender al rebaño.

—Y siendo tantos, ¿necesitan defensa?

—Sí, porque son animales tan tímidos, tan pacíficos é inocentes, y de tanta utilidad al hombre, que este los cuida y no los abandona nunca, y tiene á su cuidado el animal más fiel, que es el perro, para que los defienda contra los lobos que los persiguen.

Aquí teneis una buena lección que aprovechar. En el mundo hasta á los animales se les aprecia por lo que valen.

Al cordero, que es manso, inocente y útil, el hombre le atiende y le cuida, le lleva á los sitios donde hay mejores pastos, y de noche lo recoge en el aprisco para que no sea víctima de sus enemigos.

Al lobo, que no es pacífico, ni útil ni inocente, léjos de ampararle ni protegerle, se le persigue y procura destruirle, hasta tal punto que aquí teneis un hombre que lleva un lobo que ha matado, y le darán un premio en el pueblo por haber destruido este animal dañino.

Si sois en vuestra vida como el cordero, siempre tendreis personas á quienes vuestras condiciones serán simpáticas, y tratarán de ampararos y protegeros; pero ¡ay de aquellos seres de perversa inclinación, que no viven más que á costa del engaño y sacrificando á los demás! Nadie los ama, ni los da su ayuda, y el día que caen no encuentran una mano amiga que les levante, porque á todos se hicieron odiosos.

Q. N. K.

CUENTOS MORALES ALEMANES

EL NIÑO MENDIGO

Continuación (1).

—¡Vamos, holgazan, despáchate! le gritó el zapatero.

—¡Ay, padre, respondió el niño con voz casi imperceptible, no tengo hoy nada!

—¿Cómo? ¿No tienes nada? ¿Qué quiere decir eso? ¿En qué has pasado el tiempo? Y arrojándose sobre la criatura le pegó. Yo te enseñaré á cumplir con tu deber, holgazan. Haces tu santa voluntad á lo que veo. ¿Dónde quieres que encuentre yo dinero para mantenerte á ti y á toda esta gatería? dijo enseñando á los demás hijos. Tus her-

manos tienen hambre, y tú te cruzas de brazos. ¡Búscales pan, haragan, pillo!...

—Hemos comido ya, padre, no pegue usted á Enrique. No tenemos hambre, dijeron los otros llorando.

—¿Habeis comido? preguntó aquel hombre sin compasión, volviéndose á los niños. ¿Y quién os ha dado de comer durante mi ausencia?

—¡Enrique! respondieron.

—¿Enrique? dijo el padre asombrado; ¿os ha hecho guisar carne...?

—No, padre, eran patatas.

—¿Este holgazan os ha regalado patatas? Entonces en eso se ha ido el dinero de hoy. ¿Te atreves á comprar patatas, bribon? ¿Has olvidado que quiero todo el dinero que te dan? Me hace falta, ¿entiendes? Lo necesito para comprar el pan de vuestro desayuno, ¡que no se te olvide! ¿Cuánto habias recogido hoy?

—Nada más que cinco ochavos, dijo el niño sollozando.

—¡Mientes! gritó el padre; siempre traes más.

—No miento, padre, lo juro, dijo Enrique; no tenia más que cinco ochavos, he comprado patatas que me ha cocido la *tía Catalina*, y por eso no he tenido tiempo de pedir.

El borracho hizo aun algun ruido; pero como al fin y al cabo sus regaños no podían hacerle encontrar dinero donde no lo habia, apagó la luz y se acostó.

Los niños se fueron á su estera, y se envolvieron entre la paja que les servia de sábanas y mantas. ¡Pobres niños! Tardaron mucho tiempo en dormirse; las niñas besaban, llorando, las manos y la cara de su hermano, queriendo pagarle este tributo de agradecimiento por lo que acababa de sufrir por ellas.

Al día siguiente todos se levantaron apenas amaneció, y no tuvieron con qué desayunarse, porque su padre, habiendo sacado ménos dinero que de costumbre, no les compró pan, y se marchó á trabajar, sin preocuparse de si sus hijos tendrían hambre.

Enrique entregó á Rosa la patata depositada en la cuna del chiquitin, y la confió al cuidado de hacérsela comer, despues de desmenuzarla. En seguida, besándose todos, los mayores se fueron á la escuela.

(1) Véase la pág. 28.

Elisa acompañó á sus hermanos hasta la puerta de la escuela, y siguió su camino para mendigar. Iba tranquilamente de casa en casa, sin inquietarse por si está ó no bien pedir limosna cuando se puede trabajar; verdad es que estaba incapaz para el trabajo; con unos ojos tan enfermos como los suyos, ¿qué hubiera podido hacer?

Todo lo contrario sucedía á Enrique; era un muchacho lleno de vida y de salud, de un talento penetrante, y que se fijaba en las cosas que veía, aunque no en estado todavía de apreciarlas en su justo valor. Experimentaba, como ya hemos dicho, una verdadera repugnancia cuando era preciso mendigar, y tenía grandes ganas de dedicarse á una verdadera ocupación.

Cuando miraba por las ventanas de los talleres, y veía los obreros atentos á su obligación, hubiera querido ser de la partida. Le daba pena separar sus ojos de tal espectáculo, porque la vista solamente de aquella actividad era ya para él un placer.

Los libros que veía expuestos en los escaparates de los libreros eran, sobre todo, un gran tormento para él. ¿Cuál sería su contenido? No se formaba idea; pero le parecía que cada uno de aquellos volúmenes debía ser un tesoro de curiosidades y maravillas. El deseo de tener un libro para leer había llegado á ser su idea dominante. Muchas veces soñaba que veía grandes volúmenes abiertos ante él, y tenía permiso para hojearlos. Todos los trozos de papel impreso ó manuscrito que encontraba en la calle los leía y los conservaba. Tenía escondidos bajo la estera todos los pedazos de papel que contenían algo que leer.

En este día, cuando salía de la escuela, al ir á doblar la esquina de una calle, un coche se paró junto á él: bajó una señora y le llamó.

—Hijo mío, le dijo, toma dos pesetas, entra en aquella tienda y cómprame una libra de café; no quiero enviar al cochero, porque no deje los caballos... ¡Ah! se me olvidaba, tráeme también media libra de pasas y dos reales de especias inglesas; toma otras dos pesetas. Ten cuidado no las pierdas.

Enrique entró en la tienda. Como había mucha gente á quien despachar, tuvo que esperar algunos minutos hasta que le llegó la vez. Entonces pesaron el café, las pasas

y demás, los echaron en dos cucuruchos de papel y juntos los envolvieron en una gran hoja impresa. Le dieron la vuelta, porque sólo costaba todo catorce reales, y la señora le había dado diez y seis.

—Has tardado bastante, le dijo esta cuando se acercó al coche. ¿Traes la vuelta? Está bien, ¡dos reales! Guárdalos; tengo aquí una caja donde vas á meter los paquetes; pero no todos juntos, porque no irían bien así. Mira, quita la hoja de papel de encima y colócalos separadamente. Aquí, muy bien. Vaya, adios niño.

(Se continuará.)

C. L. DE C

LA APUESTA

Llegaron varios viajeros en una noche á una venta, y mientras les preparaban la ya codiciada cena, allí al amor de la lumbre que anima al par que calienta, cada cual contó su viaje con todas sus peripecias. Dicen que son las palabras lo mismo que las cerezas, por aquello de que siempre unas con otras se enredan, y aquellas conversaciones trajeron otras con ellas, y empezaron á contarse aventuras estupendas. Entre todos se aceptó al poco rato una apuesta: le pagarían á escote el hospedaje y la mesa al que hubiese visto ó hecho la cosa que mereciera más admiración de todos por lo grande ó por lo nueva. Fueron contando por turno varios las que hallaron buenas, y sólo quedaban dos para acabar la contienda.

—Señores, dijo uno de ellos, yo he visto en *Inglaterra* un inglés con la estatura de cuatro varas y media; y esto es tan verdad, señores, que voy á dar una prueba: cuando se afeitaba él mismo, señores, cosa muy cierta, para alcanzarse á la barba necesitaba escalera. Un día salió á paseo, y como hay gente muy perra, desde un cuarto principal le quitaron la *chistera*; y se tuvo que aguantar, si no de grado por fuerza, y no penetró en la casa por no caber por la puerta. He visto á un paisano mío cogerse á un tronco de higuera, y con tal velocidad

comenzar á dar las vueltas,
que sa besaba el *pescuero*,
¿llevaria *violencia*?
Verdad es que era un sugeto
de soltura y ligereza...
cuando le daba la gana
se mordía las orejas!!
Me parece, caballeros,
que he visto algo; pero queda
lo que hice yo, y lo diré,
salva sea la modestia.
Como he sido militar
de tropa, estuve en la guerra,
y no hay quien me dé un balazo
á mí, en Europa ni en... Persia!
En empezando el *pum pum*...
empiezo yo á darle vueltas
á mi sable muy sereno,
y se las doy tan ligeras,
que si tropieza una bala
sale pitando á diez leguas.
Yo sé que ustedes dirán
que no valdría la treta
para balas de cañon,
y es la verdad; pero en esas
como no servía el sable
cambiaba yo la *sistema*.
Cuestion de vista y soltura,
las esperaba con flemma,
y al entrar en *mi terreno*
soltaba un brinquito y fuera,
las granadas me pasaban
por debajo de la pierna.
Esto he visto entre otras cosas,
y esto hice yo, y si el que resta
hizo ó vió más, que alce el dedo
y que tome lo que quiera.
El que quedaba, con calma
y con voz clara y serena,
dijo: «Yo he viajado poco,
y en una noche... como esta
he visto... al más embustero
que existe en toda la tierra,
y en cuanto á hacer, he tenido
la nunca vista paciencia
de oír con calma sus bolas,
y si es poco... y no me premian,
entonces... soy yo capaz...
caballeros, de *creerlas*!

Falta en la historia una hoja,
por lo cual hoy no hay quien sepa
si como era de justicia
ganó el último la apuesta.

C. L. DE CUENCA.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—¡Come, repetía el huerfanito á su hermano moribundo: come, la sopa no está ya tan mala; yo he comido mucha hoy! ¡tenía tanta hambre! ¡cómela tú! Pero ¡ay! ni el movimiento de sus labios ni el de su cabecita contestaban á aquellas palabras, que no eran oídas ni entendidas ya. Pocas horas

después, el hospicio tenía un niño menos, el cielo un ángel más, y el mayor de los huerfanitos lloraba solo en el mundo! Un día vinieron á buscarle, y el desventurado bajó corriendo á la portería, para ver quién le llamaba. Era su antigua criada, era la hermana de Juan y Juan también que venían á visitarle. La buena mujer lloró de pena al mirar el estado de tristeza y desaliento en que se hallaba aquel á quien había visto tan dichoso.—Si yo fuera rica, le dijo entre sus lágrimas, te vendrías conmigo; ¡pero tengo tan poco que ofrecerte! El niño al oír estas palabras se abrazó de su cuello y le dijo con afañ:—¡Oh! llévame, llévame contigo: ya cómo de todo; no te pediré nunca más que lo que me puedas dar; seré muy bueno, pero sácame de aquí, para que no me mueran como mi hermano, solito, y á oscuras en aquella sala tan grande!—¡Hijo mío!—¡Oh! ¡por Dios, llévame contigo! ¡tú que querías á mi madre, me querrás á mí también; llévame, y yo comeré solo pan y naranja como tu hermano, porque ya tomo lo que me dan, y me han enseñado á no pedir más! las sopas me gustan... y todo me parece bueno desde que ví que mi Julio se murió por no comer, y oí decir que no iría al cielo, porque no se había contentado con lo que Dios le enviaba. La honrada mujer no pudo resistir aquellos ruegos, y se hizo cargo del huérfano. Se lo llevó consigo, le enseñó á ganar trabajando su modesto sustento, y sobre todo, le enseñó á bendecir á Dios porque se lo daba, haciéndole un hombre honrado, que era feliz en su pobreza, y que sólo echaba de menos á aquel hermano que había muerto tan abandonado de todos, y que á no ser por su fatal obstinación hubiera podido como él vivir y ser dichoso.

—¡Qué lástima! ¡pobrecito niño!

—¿Y vería á su mamá en el cielo?

—¡Quién sabe, hija mía! los designios de Dios son inescrutables; pero indudablemente si se hubiese resignado como su hermano, sus padres hubieran tenido en la eternidad gloria mayor, porque aun allí su alma se entristecería viendo sufrir á su hijo, por no haberle enseñado á tiempo á no despreciar, á no rechazar los manjares modestos, dones de un Dios misericordioso.

—Es verdad: si hubiese estado acostumbrado á comer de todo no se hubiera muerto.

—Luego, hijos míos, el ser melindrosos y delicados no es sólo un mal para nosotros; es además una falta.

—¿Una falta?

—Sí, y muy fácil de remediar. Cuando un mendigo llega á nuestra puerta y le damos las sobras de nuestra mesa, es indudable que si le viéramos hacer un gesto de repugnancia, nos causaría enojo y le llamaríamos desagradecido.

—Es cierto.

—Y entonces, ¿por qué lo haces tú, Carlos?

(1) Véase la pág. 47.

¿te crees de otra condicion que el pobre, ó piensas que debes á Dios menos gratitud por el sustento tan bueno y tan abundante que te da, que el pordiosero te debe á tí, que le ofreces las sobras de tu mesa? Aquel infeliz toma lo que le das con alegría y sin decir nunca si le gusta ó no: ¡y aquel infeliz es tu hermano! ¡Y á aquel mendigo, con una palabra, con un pensamiento puede Dios ponerle en tu lugar, y colocarte á tí en el

suyo! Dale gracias, hijo mio, dale gracias porque no lo hace; y muéstrale que no eres indigno de sus beneficios, siendo agradecido á ellos, y aceptando con gusto y con reconocimiento cuanto su mano te brinda por conducto de la mia.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



Elementos de dibujo.

CHARADA

Es cosa cierta y sabida,
queridísimo lector,
que á una *tercera* y *primera*
perteneces como yo.
Y el que *dos tres* en España,
ó en Africa ó el Mogol,
á la suya pertenece,
que en esto no hay excepcion.
A una *segunda* y *primera*
se lo dije y se enfadó,
ya ves, lector, si andaria
escasa de ilustracion.
En cambio *prima* y *tercera*
en seguida lo entendió,
que aunque *dos tercía* es muy lista
y recibió educacion,

y en un colegio de España
dícese que se distinguió,
y en el *tres dos* de labores
trabajaba con primor.
Por la línea de Zamora
anoche mismo llegó
un *todo*, con un *dos cuarta*
de que él mismo es constructor.
Me alegraré que lo venda
porque es de gran perfeccion.
¿Dices lector que te diga
la enarta sílaba?... ¡No!...

(La solución en el próximo número.)

Solucion de la charada del núm. 55:

MARIPOSA.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.